



## CAPITULO XLIX

DE CÓMO RODÓ LA CONVERSACIÓN EN EL FESTÍN CAMPESTRE

Puestos los manteles, D. Quijote fué invitado con muy cortes razones por el escribano y los demás, fuera del jurisperito Mostaza, quien sin decir palabra ganó la que á él le pareció cabecera de la mesa. El primer puesto en todas partes se le debía de fuero; y cuando no se lo ofrecían, él se lo tomaba con las maneras de un macho. Como todo sabio, tenía mal estómago; pero comía más que dos ignorantes. Su colega el doctor Extradibaús tenía también mal estómago; el tenerlo malo, así es de los virtuosos y santos, como de los estudiosos y hombres de talento, en los cuales el calor digestivo se arrebatá á la cabeza, á fuerza de meditación y atención á los principios sublimes. No hay menguado presumido de inteligente, ni pícaro cuyo tráfico es la virtud ficticia, que no haga sus morisquetas en la mesa y no finja temer los manjares indispensables para nuestro sustento. Observadores hay que dan por indicio vehemente de hipocresía la abstinencia exagerada, y aconsejan ponerse en guardia contra los que aparentan comer menos de lo necesario. Nadie come más que el que no come nada: veis allí ese poeta filósofo que anda emplastado de por vida, cuya salutación es el quejarse de sus enfermedades y padecimientos. Tiene para sí que en la mala salud está el numen poético, y que no hay manera de ofrecerse á la admiración de los demás, como el andar hipando y

dando noticia de sus indignidades secretas. La salud cabal, fresca, pura, es inteligencia y valor: el que carece de ella ha perdido media vida, y en esa porción preciosa se han ido sus mejores facultades intelectuales y morales. El que no tiene salud, invéntela, róbelas; y si la tiene, no la niegue, porque esa es impiedad como el negar á Dios: Dios es salud eterna. ¿Quién es ese que viene con más cara y más cerdas que un jabalí? Es otro poeta condenado á mal sin esperanza; y tras ese barbaje negro, aborrecido y feroz, los genios del amor y la elegía están revolcándose abrazados con las toses, las expectoraciones y las sábanas de las enfermedades incurables. Pero ¡santo cielo!, el Parnaso nunca ha sido un hospital, ni las musas viven ocupadas en echar clister y poner cataplasmas pectorales á los poetas. Soneto va, soneto viene, y tosa usted de fingido y gargajee, que esta es la manera de ser más que los que gozan de buena salud. El alma falsa, en realidad, es cama de inmundicias. Hace bien de aferrarse á esos gusanos que tienen por nombre mentira, envidia, alevosía, odio cobarde, murmuración, y están rompiendo por esos ojillos de animal selvático, redondos, sanguíneos, al través de los cuales no se pueden divisar las regiones de la inmortalidad, porque no son vidrios graduados para ver la gloria. Poesía, ¡oh, poesía!, si alguna vez cayeras en manos de uno de esos arrastrados, murieras de disgusto, bien como el armiño que no ha podido huir del lodo. Tú eres verdadera, limpia, noble: tú eres belleza, y la belleza no ha menester hechizos artificiales; eres inocencia, y la inocencia no se apoya en la malicia; eres pureza, y la pureza fulgura sin arte, agrada sin empeño, cautiva sin mala intención. El pecho del poeta es un templo luminoso; su corazón, un instrumento angélico: arde y sueña el hombre feliz que siente en su alma esa divinidad invisible. ¡Poesía, oh poesía, esencia de las pasiones, música de la inteligencia!

El doctor Mostaza impugnaba victoriosamente sus palabras con sus obras, comiendo de cuanto había, á un mismo tiempo que se estaba quejando de su estómago y diciendo que el comer era para él un sacrificio. Extradibaús se abstenía de veras; ape-



nas si humedecía los labios en un hollejo de dátil. El uno era hipócrita consumado; el otro tonto y vanidoso. D. Quijote de la Mancha, hombre sincero, no estaba á su sabor allí. Quiso, con todo, desentenderse de la reprensión que estaban mereciendo esos histriones, y habló más bien del oficio de ellos que de sus prendas personales. «Verdaderamente, dijo, la profesión de vuestras mercedes no puede ser más honrosa y necesaria, como que sin justicia no hay sociedad humana, y sin ministros ú oficiales de ella no puede haber justicia práctica. En los primeros tiempos, cuando los hombres recién salidos de manos del Criador tenían el alma pura, sin esta roña de la codicia, no había más que una heredad de la cual gozaban todos. Pero uno cercó una porción de tierra, y dijo: «Esto es mío.» No quiso ser para menos su vecino, cercó á su vez una porción de tierra, y dijo: «Esto es mío.» La propiedad nació de una advertencia de la naturaleza: á la propiedad siguió el derecho, que es el justo título para poseer las cosas y disfrutar de sus producciones y sus rentas. Una vez que cada persona se vió en la necesidad de señalar lo que le pertenecía, reglas fueron necesarias para las adquisiciones, posesiones y enajenaciones. Llamáronse leyes esas reglas; y como éstas no podían ser del dominio general, ni estar á los alcances de todos, algunos debieron dedicarse á estudiarlas, á fin de que valiese el derecho; otros, investidos de la autoridad de todos, las aplicaron y volvieron efectivas.»

Por aquí seguía D. Quijote discurriendo en dicción remontada y numerosa, cual era la suya cuando hablaba acerca de materias esenciales. Pero el doctor Mostaza no pudo sufrir se hablase de una manera razonable, y bien por prurito de contradicción, bien porque los puntos elevados no fuesen de su reino, interrumpió diciendo: «Vuesa merced discurre á lo Platón, y diserta á lo Papiniano. Deje de hoy para adelante la carrera de las armas, vista la toga, y arrebatémos con su elocuencia en el foro, después de haber asombrado al mundo con sus altos hechos. *Melior est sapientia quam arma bellica.* Sancho Panza puede oponerse á una escribanía, y Rocinante correrá por cuenta del

Estado hasta el fin de sus días, á semejanza de los caballos y mulos que trabajaron en el edificio del Partenón.» Hablaba el reviejuelo con un retintín que le sonaba muy mal á D. Quijote, el cual templando su enojo, respondió: «¿Paréceos, señor bueno, que he dicho desconciertos? Necesaria puede ser vuestra profesión; la mía no es inútil. Si el abogado tira á poner las cosas en su punto, desentrañando la verdad de la confusión de obscuras circunstancias por medio del interminable proceder de las tramitaciones jurídicas, el caballero andante la pone de hecho en limpio y concluye en un verbo los asuntos más intrincados. Muchas veces los de vuestra comunidad hacen consumir la vida de un hombre en un proceso; los de la mía andan más aprisa, como que no han menester sino cuatro varas de tierra en campo libre, en plaza ó patio de castillo, para que un punto cualquiera quede dirimido. ¿Qué sería de la viuda menesterosa si á vosotros hubiese de acudir para el remedio de su cuita? ¿Qué de la doncella ofendida si á vuestras armas pidiese el desagravio? ¿Qué de un príncipe afligido si de vosotros se fiase? Y esto más, que los caballeros andantes no peleamos por cosas injustas ó ruines, mientras que no todos los abogados son oficiales y ministros verdaderos de la justicia. Del rábula inicuo, el leguleyo rapaz, al jurisperito ilustre, va tanto como del malandrín al caballero andante. Según os presentáis vos malhablado y malmirado, con harto fundamento se os pueden negar las consideraciones que son debidas á las virtudes y la sabiduría. — No sois vos, dijo el doctor Mostaza, quien me ha de dar lecciones. — Ni estáis en edad de recibirlas, replicó D. Quijote. Si no lecciones, serán demostraciones rigurosas que os enseñen á ser comedido, á lo menos con los que pueden castigaros.»

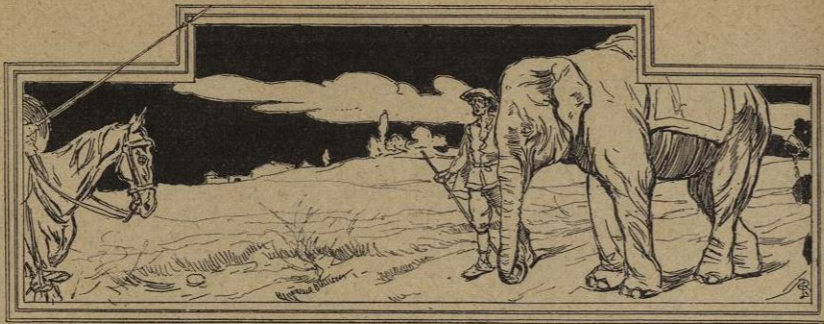
D. Absalón Mostaza era uno de esos que no pierden ocasión de tentar el vado por medio de la insolencia: si dan con uno más vil que ellos, salen airosos y pasan plaza de valientes: si se encuentran con el alcalde de su pueblo, agachan las orejas y ganan el rincón rabo entre piernas, sin que sufra menoscabo su importancia. Al ver á D. Quijote prendido en justa cólera,



el valeroso Mostaza se echó á decir mil vaciedades acerca del duelo y su inmoralidad, se pasó de ingenioso, y propuso sutilezas que rayaban en disparates. Oyendo alzar la voz á D. Quijote, Sancho Panza, que estaba comiendo con los criados en otro grupo, se había acercado á los señores, y echando de ver que el jurisconsulto se pasaba la mano por la calva, pensó que era melindre juvenil, y dijo: «Lo que la vejez cohonde no hay maestro que lo adobe.» Por baja que fué la voz de Sancho, no dejó de oírlo el doctor Mostaza, y con mucha cólera respondió: «¿Quién os manda meter aquí vuestra cuchara, pazguato? — Sancho infernal, dijo D. Quijote, tú eres el hijo del diablo. Blasco de Garay ni Sorapán de Rieros hubieran echado aquí un refrán que más encaje. Ven acá, demonio, ¿tienes dentro de ti una gusanera donde nacen y se reproducen estos reptiles que sueltas á cada vuelta de hoja? Temo fundadamente que con ellos te desgües y vengas á enflaquecer de modo que no te conozca la madre que te parió. ¿No sabes que ningún flujo constante deja ileso al que lo padece? ¿Qué ha de ser de ti, menguado, si de día y de noche estás despidiendo refranes, sino que dentro de poco has de quedar vacío y escurrido? — Gracias á estos señores, respondió Sancho, el desgaste de hoy está remediado con lo que me han dado de comer. — Tomad, hermano, esto más, dijo el doctor Casimiro Extrafeliz, ofreciéndole dos ó tres orejas de abad, y comedlo también por amor de Dios. En pago de este don, ayunad el viernes, que la Virgen eso pide, y no refranes y pependencias.» Recibió Sancho la caridad con sumo agradecimiento y juzgando por sus cristianas palabras que ése era todo un hombre bueno, le pasó por la cabeza la idea de contarle la pérdida de sus alforjas, por si tan liberal caballero remediase su desgracia con darle una parte de las suyas. «Tengamos alforjas en el alma, respondió Extrafeliz, que las otras nos perjudican más que nos aprovechan. Sufragad para las ánimas benditas del purgatorio, y dejaos de alforjas. — Alforjas en el alma, dijo don Quijote..... ¿Serán las bolsas en que los malos cargan los pecados, á semejanza de las en que la civeta tiene la algalia? — La

paridad no corre á cuatro pies, respondió Extrafeliz, formalizándose: la algalia huele bien, es agradable y medicinal; nuestras culpas no tienen tan buen olor, ni son tan provechosas como á vuesa merced le parece. — ¿Cómo ha de oler mal, dijo Sancho, una morena de buena cara, ojos negros, mejillas sonrosadas, boca grande con dientes blancos y algo separados unos de otros, labios gordos y encendidos, pecho tirado hacia adelante, y esos primores por donde discurre loca la imaginación? — ¡El loco y el atrevido sois vos!, respondió el doctor Extrafeliz, santiguándose; de esas cosas no se habla en mi presencia. ¿De dónde saca esos modos de decir un infelizote como vos? — ¿No sabe vuesa merced, respondió D. Quijote por su escudero, que el amor aguza el ingenio é inspira términos elevados y dulces? Las aves gorjean con más ternera y melodía cuando están apasionadas; los animales mugen ó balan con suavidad embelesante: ¿qué mucho que mi escudero se sobrepuje á sí mismo cuando discurre acerca de esa pasión divina? Sancho, Sancho, hablas de amor como León Hebreo: quien te oyera estas descripciones y menos refranes, te juzgara trovador, y no de los de por ahí, sino de los más tiernos y melifluos.»





## CAPITULO L

QUE MUESTRA HASTA DÓNDE PODÍAN LLEGAR Y LLEGARON EL ATREVIMIENTO.  
Y LA LOCURA DE D. QUIJOTE

A cierta distancia vió D. Quijote una como iglesia que se venía acercando lentamente, en medio de una nube de polvo. Despaviló la vista y aguzó el oído, inquiriendo hacia dónde podía sonar la música de Anfión que así descuajaba los edificios y los obligaba á venir tras ella. Tuvo el caballero por bien averiguado que era cosa de aventura, ó principio y elementos de una de las más famosas que pudieran sucederle; y así, montó sobre su caballo, tomó su buena lanza, salió al camino, y se estuvo á esperar que llegase aquella máquina, con ánimo de embestirla, si fuese una legión de diablos salida del infierno con casa y todo. — Muda el lobo los dientes y no las mientes, dijo Sancho al ver á su amo á punto de batalla. ¿No sea cosa que otros batanes?... Y no digo más, sino paz duradera y suceda lo que Dios quiera.» Habíase acercado el promontorio movible: la gente de juicio no vió en él ni todo el grupo, sino un lento pacífico elefante que venía cubierto con una caparazón enorme, siguiéndole sus dueños, los cuales traían además dos osos tan católicos que se dejaban matar primero que hacer perjuicio ni á una mariposa. Es una compañía de ganapanes, medio artistas, que se van por esos mundos haciendo ver en aldeas y ventas su buen elefante, á cuyo espectáculo añaden las habilidades de

los osos, maestros en *el pésamedello*, *el colorín colorado* y *las gambetas*, que los bailan como unos gerifaltes. No traen mono, por parecerles personaje de mala representación para unos como ellos, que pasándose de titiriteros habían venido á rayar en cómicos ó histriones. Los osos y el elefante no son todo; sus dueños tienen también su papel: armando un tablado sobre la marcha, representan por su parte sainetes y entremeses que ellos califican de comedias y aun de tragedias. El tuáutem y primer accionista se llama tío Peluca, ó maestro Peluca, indistintamente: hombre de buen parecer por el un lado, si bien por el otro no le falta sino el ojo; razón por la que, quizá con algún fundamento, sus amigos le llaman por cariño y antonomasia el Tuerto, sin que él dé muestras de sentirse. Viene entre ellos un hombre de nueve pies de altura, con el espesor y el ancho correspondientes, cuyo objeto es hacer juego con el elefante; asturiano que pone en la sociedad su corpulencia, y tiene derecho á los gananciales por un igual con los demás socios, sino es el tío Peluca, quien, como director de la empresa, toma para sí el tercio del producto libre. Después de ese hombrón, el tercero en la jerarquía es un homúnculo, de una vara de estatura, á quien se le podía clavar en la pared con un alfiler de á cuarto. Estos dos marchantes compiten y rivalizan, cuándo en lances amorios, cuándo en hechos de armas, cuándo en cantares de gesta, con sacudimiento y bazarria tales el braguillas, que no hay otra cosa para el villanaje que les suele servir de espectadores. Este exiguo personaje se llama Pepe Cuajo, frisa con los cincuenta años, y tiene unas barbejas que comunican suma ridiculez á su persona. Por el genio, Pepe Cuajo es el mismo diablo: gestudo, fruncido, gritón. Sus aparceros le aguantan por las utilidades que dejan su figura y su buen desempeño en el teatro, donde es cosa de morir de risa verle hacer papeles de enamorado y valiente. A este negocio concurre á las mil maravillas una moza fehuela, pero vivaracha, quien, huída de sus padres desde niña, se había criado en poder de esa gente truhanesca y vagabunda. Llámase Munchira la gentil pieza, y por



refinamiento de cariño, sus compañeros le dicen Munchirita, mientras que el grandazo de más allá es conocido con el nombre de Pedro Topo. Hombre éste de buena pasta y mejor índole, á quien se puede perjudicar, pero no ofender, porque en ello va mucho peligro. La compañía es bien surtida y hace buenos cuartos en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia.

No se le ocultó á D. Quijote qué era lo que allí venía; mas no por eso desistió de su empeño; antes tuvo á fortuna el encontrar con enemigo tan digno de él, habiendo resuelto llamarse el Caballero del Elefante cuando le hubiese vencido, á semejanza de otros que ya tomaron los de Caballero del Cisne, del Unicornio, de la Serpiente, del Basilisco, y otros no menos famosos. — ¡Arre! Buen hombre, gritó el maestro Peluca, deje pasar la bestezuela, que es moro de paz. » D. Quijote hizo su primer embestida, sin más fruto que verse apartar suavemente por el bondadoso ó desdeñoso animal. « ¡Qué diablo de ladrón es éste!, dijo el maestro Peluca, al ver que D. Quijote volvía á la carga. ¡Quieto, Chilintomo, quieto!» Volvió á separarlo con mansedumbre el generoso bruto, y seguía su acompasado, lento paso, poniendo en tierra cada minuto cuatro arrobas de pies, sin dársele un comino de las arremetidas de D. Quijote. Redobló su furia el caballero, juntó sus fuerzas, se encomendó á su señora Dulcinea del Toboso, y á espuela batida Rocinante se vino á estrellar, baja la lanza, contra la impasible mole. A las voces de su dueño: « ¡Dale, Chilintomo!» borneó la trompa Chilintomo en forma de parábola, y dió tal chincharrazo, que caballo y caballero fueron á dar sin sentido á doce pasos. Siguió adelante la comitiva mientras Sancho Panza se tiraba, dando gritos desesperados, sobre su amo. Mas vió que D. Quijote se meneaba, y aun le oyó decir en voz balbuciente:

«No me pesa la mi muerte,  
Porque yo morir tenía;  
Pésame de vos, señora,  
Que perdéis mi compañía.»

«Vuesa merced no está muerto, le gritó Sancho al oído; si á mí no me cree, aquí está Rocinante que no me dejará mentir.» Habíase, en efecto, enarmonado el pobre rocín, y se dejaba estar dolorido, pensativo, caídas las orejas, con señales de haberle llegado al alma el golpe. D. Quijote no quería estar ileso por nada de este mundo; con tal de verse malferido en buena guerra, se hubiera dejado morir sin argumento. Figurándose que la batalla había sido terrible y que estaba cosido á lanzazos, iba recorriendo en su memoria las aventuras de los mejores caballeros, según cuadraban con su situación, y decía:

«Desque allí hubieron llegado  
Van el cuerpo á desarmare:  
Quince lanzadas tenía;  
Cada cual era mortale.»

Pensaba D. Quijote que el suyo era caso de muerte, y bien por real enfervorizamiento, bien porque el delirio le pareciese convenir á su situación, mirando suavemente á su escudero, siguió diciendo:

«Ya se parte el pajecico,  
Ya se parte, ya se va.»

— No me parto ni me voy, Sr. D. Quijote: amigo viejo, tocino y vino añejo. El que me busca en la prosperidad y me niega en el infortunio ó el peligro, *abrenuncio*: firmado lo doy que ése tiene un depósito de estiércol en el pecho. Aquí estoy yo, señor: fíese de este corazón, empuñe esta mano que sabe alargarse al afligido más prontamente que al dichoso. — Como pudieras, Sancho, respondió D. Quijote, proporcionarme un bocado del bálsamo que sabes, vieras á tu señor alzarse cuan alto es, con todos sus huesos en sus coyunturas.» Sancho corrió hacia los criados con un graciosísimo portante, y como los hallase entendiendo en alforjas y maletas, les pidió un jarro de vino para salvar la vida á un cristiano. Habíanse partido los señores, sin hacer caso del caballero andante caído y molido, propasándose



el doctor Mostaza hasta el extremo de gritarle: «¡Así te quise ver, infame!» Los criados, que sin duda valían más que los amos, le dieron de buena voluntad á Sancho lo que pedía, y éste, provisto de su elixir, volvió para su señor. D. Quijote, tomando á dos manos el jarro, se lo echó al colete, de tan buena gana, que á los cuatro sorbos no dejó gota en el recipiente. Por cierto que no pudo montar á cuatro tirones, ni á ocho montara si su criado no hubiera acudido á darle impulso y vuelo. Cuando se vió á horcadas, pensó que de un salto se había puesto sobre su buen caballo, y bizarreándose en él, apretó las espuelas, con ánimo de hacerle dar algunos escarceos. Al verle de tan de buen año, le dijo su escudero: «Coscorrón de cañaheja duele poco y mucho suena, Sr. D. Quijote. Desigual fué la batalla, pero no tan recia como la que nos dieron los yangüeses. — No digas eso, respondió D. Quijote, sino que ahora no me han roto en la boca la ampolla del bálsamo prodigioso. Si en la batalla á que aludes hubiera yo podido aprovecharme de la bebida encantada, me vieras entonces tan entero y animoso como ahora. Monta, Sancho, y sígueme; hoy es cuando nos va á suceder aquello de que ha de resultar, para mí el ganar la corona imperial, para ti el posesionarte de tu condado. Si lo tuvieres por mejor, serás terrateniente de mis más pingües comarcas, como te obligues á hacer pleito homenaje á mi corona, y pondremos á Sanchica de menina de la emperatriz. Si el imperio que yo gane está situado en el Asia, serás el primer nabab de todo el continente; á menos que no gustares más bien de tomar mis flotas á tu cargo en la laguna Meótide ó mar de Zabache, con el título de almirante. — Sea de mi colocación lo que fuere, repuso el escudero, lo cierto es, Sr. D. Quijote, que al enfermo que es de vida, el agua le es medicina. Quien viera á vuesa merced ahora ha poco tan caído de salud, y quien le ve sobre su alfaina repartiendo coronas y haciendo almirantes, no acabara de maravillarse del vaivén de la fortuna. Vengan esas flotas y sigamos, que temo no haya lugar para todos en la venta. — Haces mal en temer eso, amigo Sancho: ora en venta, ora en castillo, á gloria

tendrán todos, grandes y pequeños, el correrse, estrecharse, apretarse y exprimirse para hacernos plaza.»

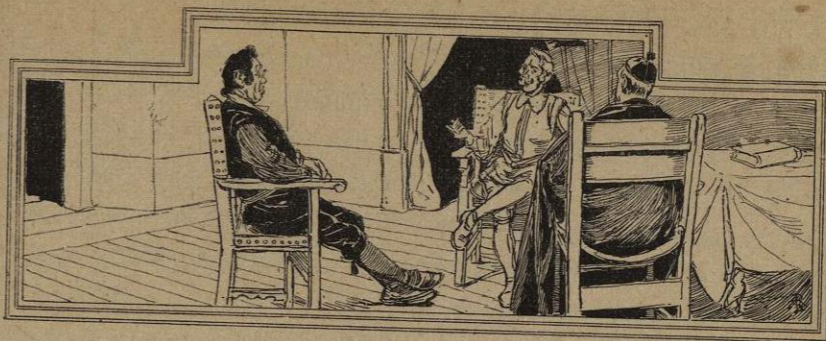
Cuando esto decían, iban ya de camino caballero y escudero, paso entre paso; ni D. Quijote estaba para espolear tan á menudo á Rocinante, ni Rocinante para salir de su genio. «¿De qué alfaina hablabas hace poco?, preguntó D. Quijote á su criado. — ¡Pesia mí!, ¿de qué alfaina? De la que monta vuesa merced, este paño de lágrimas, nuestro buen Rocinante. — ¿Y por qué le llamaste alfaina? — Porque así he oído á vuesa merced llamar á los caballos de primera clase. — ¡Quia!, dijo D. Quijote; ¿soy yo de los que hablan disparates? Habrásme quizás oído decir alfana. — Vuesa merced, repuso el escudero, se detiene en una brizna y tropieza en una tilde; ¿qué va de lo uno á lo otro? — Lo que va de macho á hembra, volvió á decir D. Quijote; lo que va de Sancho á Sancha: alfana es la yegua corpulenta, briosa, superior, y ésta nunca puede ser caballo. Si no me crees, ahí está la del moro Muzaraque, la cual era como una iglesia. ¿Y la del rey Gradaso no era un yeguón desmedido, sobre la cual tenía el moro que subir por escalera?

*Gradasso havea l'alfana la piú bella  
E la miglior che mai portasse sella,*

como lo puedes ver en las historias caballerescas. Habla con atildadura, Sancho, ó te doy carta desaforada y te levanto la facultad de usar de la palabra en mi presencia. — Déjeme vuesa merced expresarme á mi sabor, replicó Sancho, y oiré sentencias y cosas que se le graben para siempre en la memoria. Me tienen por asno; pues métanme el dedo en la boca. Aldeana es la gallina y cómela el de Sevilla. — Si á tu sabor te dejara yo hablar, Sancho intrincado, Sancho escabroso, ¿qué fuera de la lengua castellana? Habla jerigonza, habla aljamía, habla germanía; pero confiesa á lo menos que eres gitano, morisco ó galeote: católico viejo habla español rancio. Uno que se está educando para conde y va camino de la monarquía ha de medir la boca en el co-



mer, la lengua en el hablar, y haberse con mucho tiento en sus maneras y discursos. ¿Piensas que la justedad de las ideas no requiere ternura en las expresiones, y que el pensar bien no ha de venir junto con el bien decir en los que aspiran á levantarse sobre el vulgo? Dime otra vez alfaina, y veremos si no revoco la determinación que tengo de elevarte á de donde veas como pollos á tus contemporáneos.» Cide Hamete no quiere acordarse de la réplica de Sancho, y dice tan sólo que los aventureros llegaron á la venta, henchida ya de gente por ser las seis de la tarde, hora en que todo el mundo acude á la posada. Traía D. Quijote desencajado el juicio, revueltos los sesos más que de costumbre; y así la venta del Moro fué para él castillo, por castillo la tuvo, vió el atalaya sobre los adarves, y aun oyó el son de la trompeta con que anunciaban la llegada de un caballero de alta guisa.



## CAPITULO LI

QUE TRATA DE COSAS DEL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

Cuenta la historia que vencido por D. Quijote el bachiller Sansón Carrasco, bajo el nombre de *el Caballero de los Espejos*, se volvió á su lugar con dos costillas hundidas, más que medianamente mohino y azorado. Púsose sin pérdida de tiempo en manos del algebrista, con ánimo de volver en demanda del loco, así por salirse con la suya, como por dar algún desfogue á la venganza de su pecho. Tres días se dejó estar de encierro sin que persona lo entendiese, si no eran su familia y el maestro, á quienes rogó por el secreto, no fuese que su honra viniese en disminución. Dueña debía de haber en la casa, cuando la hora menos pensada cata allí el cura y el barbero, sujetos á quienes no hubiera querido ver si le pagasen; ni era para menos el juramento que por sus barbas y el hábito de San Pedro había hecho de provocar á D. Quijote, vencerle y traerle bajo condiciones tales que en dos años no diese paso de caballería. Una vez sorprendido en el escondite, confesó de plano su infortunio, alegando, para justificarse, que todo había sido por culpa de su caballo. «Mas no les pese de esta ocurrencia á vuestras mercedes: así pienso darme por vencido como renunciar á las órdenes. Yo juro por quien soy, ó no soy nadie, traer amarrado al viejo ó morir en la demanda. — ¿De esa manera, respondió el cura, los huesos de vuestra merced han sacado de la batalla alguna cosa? — ¿Y